

Francisco Rico

«El clásico es un libro que se conoce sin haberlo leído»

Sergi Doria

Francisco Rico (Barcelona, 1942) nos recibe en su estudio de Sant Cugat del Vallés y nos tiende su edición de Don Quijote de la Mancha (Alfaguara, 2015) que vio la luz con los grabados de la primera edición española ilustrada y unos anexos con mapas, estudio de la obra, detalles sobre la vida de Cervantes e índices onomásticos, refranes, referencias a otros autores, pasajes inolvidables, modismos...

El cuarto centenario cervantino coincide con el sesenta aniversario de cuando el filólogo y académico de la lengua española diera por primera vez con el Ingenioso Hidalgo en un hotel de Zaragoza. Tenía entonces catorce años, esa edad en la que uno toma –o no– la decisión de consagrarse a la lectura vitalicia. Rico optó por lo primero; diez años después, ya discípulo aventajado de José Manuel Blecuá y Martín de Riquer, viajó a Baltimore para ejercer de profesor visitante en la Universidad Johns Hopkins. Al pasar revista a su obra se constata que hubieron de transcurrir décadas hasta que Rico volviera al Quijote, más bien indignado por los infinitos «duendes de la imprenta» que desquiciaban la escritura cervantina. Antes de eso encon-

traremos al Lazarillo, el Guzmán de Alfarache, Lope de Vega y, por encima de todos el humanismo, con Petrarca en el frontispicio y en algún cartel que adorna una pared casi acaparada por los libros. Rico no retornó a Cervantes hasta bien entrados los años noventa y nunca dejó de frecuentar el universo renacentista. *Dulcinea no ha eclipsado a Laura. Sobre la mesa, I* venerdì del Petrarca (Milán, 2016) y *Mil años de poesía europea* (RAE, 2015). *El filólogo sigue apurando cigarrillos con la misma vehemencia con la que proclama que es filólogo y no cervantista.*

—¿Le pesa la púrpura a Francisco Rico cuando se apela a él como cervantista?

—No sé de dónde sale la especie, por no decir el bulo, de que soy un cervantista o una autoridad en Cervantes. Un cervantista era don Francisco Rodríguez Marín. Yo soy un filólogo que se ha ocupado en restaurar el texto original del *Quijote* y ha dirigido la edición de sus obras completas, según los mismos criterios ecdóticos, que está por culminar la Real Academia Española. Tengo, claro, los conocimientos de que hoy se dispone sobre la vida del escritor, pero no he hecho investigaciones al propósito, y conozco la bibliografía sobre sus obras, pero sin pretensiones de aumentarla. Mi interés, insisto, es puramente el del filólogo, y mi punto de vista el estrictamente textual y literal. Si alguna aportación he hecho en otro terreno es en el más relacionado con ése, el de las ediciones del *Quijote* a través de los siglos. Fuera de eso, mis opiniones no valen más que las de cualquier otro aficionado.

—¿Y cómo le sedujo a usted la novela?

—Leí mi primer *Quijote* en 1956, en la habitación 314 del Gran Hotel de Zaragoza, en un ejemplar que me regaló la cocinera de casa, a lo largo de un par de días en que mi abuelo y yo nos quedamos varados allí. Al objeto de estudio llegué mucho más tarde. Las dos ediciones que he preparado, crítica y de lectura, son cosa reciente. Yo he trabajado siempre principalmente sobre la obra latina de Petrarca y la literatura europea medieval. El *Quijote* lo

reencontré en la Universidad, para los ensayos que nos prescribía don José Manuel Blecua, lo hojeé sin duda luego, pero nunca me detuve en él. Javier Marías me saca en *Mañana en la batalla piensa en mí* como estudioso del *Quijote* cuando yo era aun prácticamente ágrafo al respecto... Sólo cuándo me tocó prepararlo para la Biblioteca Clásica y para la Junta de Castilla descubrí que estaba muy mal editado y que yo no sabía hacerlo, como no había sabido editar el *Lazarillo*.

— *Y ¿entonces...?*

— Me puse a estudiar. Sobre todo gracias a la bibliografía textual inglesa, aprendí que la filología de los textos impresos tiene muy poco que ver con la de los manuscritos, que es la que más o menos conocíamos los romanistas. Porque las imprentas, por necesidades de la composición para cuadrar las planas, cortaban y añadían continuamente los originales. Los añadidos son relativamente fáciles de identificar y remediar, y en las ediciones llega a haber páginas con una docena de palabras y hasta de líneas ajenas a Cervantes. Con las supresiones el problema es harto más delicado.

— *¿La Segunda parte del Quijote es mejor que la Primera, aunque la Primera sea la más conocida?*

— La Segunda parte puede ser más atractiva para el lector, pero la Primera es más genial e innovadora, más acorde con el ideal de un género misceláneo y polifónico. En la Segunda parte, la Primera viene a ser lo que en ésta eran los libros de caballerías: todos conocen al Hidalgo y quieren que repita los ridículos episodios de la Primera parte, como antes repetía los episodios caballescicos.

— *Es, pues, el tema del libro dentro del libro.*

— Sí, es la famosa metaficción. Pero es aún más la justa vanidad del autor: cada vez que un personaje dice conocer a don Quijote por la Primera parte está celebrando la gloria de Cervan-

tes. Como en el maravilloso prólogo del *Persiles*, cuando tropieza en el camino con el estudiante que lo alaba como «el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regocijo de las Musas».

—*Ya que lo menciona, Cervantes siempre subrayaba que el Persiles sería la obra que le llevaría a la posteridad...*

—De acuerdo con la preceptiva aristotélica Cervantes abraza la idea de una fábula total, de múltiples ingredientes sin mengua de la unidad y con una cierta trascendencia más allá de lo literario; y el *Persiles* se acerca más a esa meta que el *Quijote*. En los primeros tiempos de su publicación, fue incluso más apreciado. El *Quijote* tampoco fue un bestseller absoluto. En el momento de su aparición se vendía más el *Guzmán de Alfarache*. Luego las cosas cambiaron. A lo largo de los dos primeros decenios el *Quijote* rozó la veintena de ediciones; aunque entre 1625 y 1635 sufrió en Castilla la prohibición de estampar novela y comedias, siguió viendo la luz en traducciones, y desde entonces no ha pasado un año sin ser impreso, una o muchas veces, en español o en otras lenguas y sin que su valoración fuera al alza.

—*La Segunda parte del Quijote estuvo espoleada por el plagio de Avellaneda. Martín de Riquer decía que era el pseudónimo de Ginés de Pasamonte...*

—De Ginés de Pasamonte seguro que no. No sabremos quién fue Avellaneda si no aparecen documentos de archivo. Por ejemplo en Tarragona, donde el libro se dice estampado, aunque en realidad se imprimió en Barcelona en dos versiones, en la imprenta de Sebastián de Cormellas de la calle del Call. El caso es que con Avellaneda se ha gastado más papel en estudios que en ediciones y que frente al número menguadísimo de éstas la bibliografía registra multitud de aquéllos. El libro que vio la luz en 1614 como una continuación del *Quijote* cayó en el desdeñoso olvido que merecía y no volvió a estamparse hasta 1732, luego hasta 1895 y en contadas

ocasiones posteriores. Ahora contamos con el excelente texto crítico de Luis Gómez Canseco.

— *Volviendo a Martín de Riquer... Decía que lo que encumbra a los grandes escritores como Cervantes es que cuando los lees parece que te hablen al oído. ¿Ha experimentado esa sensación?*

— En el *Quijote* la relación del lector con los protagonistas no es estrictamente literaria sino fundamentalmente humana. Ello es aplicable también a Cervantes. El «yo» del autor apenas aparece, pero se adivina en todo momento, y con él se establece una relación de simpatía, diría que de amistad.

— *César González Ruano dijo aquello de que «se nota que Cervantes era manco porque el Quijote está escrito con los pies». ¿Era una boutade provocadora o una observación estilística digna de ser incluida en la autocrítica cervantina?*

— Eso fue en una conferencia que dio en el Ateneo de Madrid con el pelo teñido de amarillo... Pero, más allá de la *boutade*, no está mal visto porque Cervantes más que escribir hablaba, y ello también contribuye a esa simpatía o complicidad del lector que decíamos. El *Quijote* es un libro hablado, que a veces hay que restituir a un contexto oral para suplir las deficiencias de la escritura. El estilo de Cervantes es el de la conversación, yendo de un pensamiento a otro o recuperando más tarde hechos omitidos en la narración.

— *La pobreza léxica de la juventud actual ¿constituye un obstáculo para acceder al Quijote?*

— Sin duda. Este es un fenómeno que tiene poco remedio. Ahora bien, una edición anotada de modo que los escolios no distraigan al lector puede ser muy útil. Por otro lado, hoy día la comunicación digital es básicamente fragmentaria —*twits, facebook*— y eso no es malo para el *Quijote*, porque no hace ninguna falta leerlo desde el comienzo: como se conoce ya en sus grandes rasgos, se puede picotear en esta escena, luego en aquel diálogo, después en tal aventura...

— *Y trasladar al castellano moderno la lengua de Cervantes como ha hecho Andrés Trapiello...*

— No creo en ese tipo de traducción, por más que aprecie las fatigas de Andrés. Insisto en que es preferible conservar el castellano original con notas brevísimas que no dificulten la lectura, de suerte que el lector pase de la nota al texto y viceversa sin apenas darse cuenta: por ejemplo, glosando una palabra con otra del mismo género y número, y nada más. Ninguna traducción es posible, digamos, para una fórmula como «duelos y quebrantos».

— *¿Cree que los clásicos deber ser resumidos o tratados en forma de cómic para su difusión entre los lectores más jóvenes?*

— Todos los grandes clásicos europeos, sin excepción, existen en dos versiones: en el texto literal del autor y en el contexto social. Desde la *Ilíada* hasta el *Quijote*, en gran medida se conocen a través de versiones. La *Ilíada* aparece en la cerámica, en la pintura y en la decoración grecolatina, en historietas. Como recordaba Leo Spitzer, en Europa el *Quijote* fue continuamente un libro adaptado para los niños, se difundió en obras teatrales, en resúmenes... El clásico es un libro que se conoce sin haberlo leído.

— *Si es así, el Quijote ha dejado para la posteridad frases y expresiones que no conservan el sentido que les dio el autor...*

— Las falsas citas son también una prueba de lo que es un clásico. «En un lugar de la Mancha» es la frase más conocida por los españoles, pero pocos saben que *lugar* no significa ahí «paraje», sino «localidad» y, más precisamente, «población pequeña, menor que villa y mayor que aldea». Otro ejemplo es «la del alba sería», que en realidad sería «la hora del alba sería», porque *hora* ha aparecido anteriormente. O «con la Iglesia hemos dado», que siempre se cita «con la Iglesia hemos topado», o *entuertos*, que es voz jamás usada en la novela (que usa sólo *tuertos*).

— *¿Y cuáles son sus vocablos cervantinos predilectos?*

— No sabría decirle... Volviendo a las expresiones cervantinas peor entendidas me interesa el «metafísico estáis» del diálogo entre Babieca y Rocinante que aparece en los preliminares del *Quijote*. De un hombre flaco y demacrado, se decía y en ciertos sitios se sigue diciendo que está *bético*, es decir, «tísico». El donaire de Babieca está en el doble sentido: «estás no ya ético, sino más aún, metafísico».

— *En su libro Tiempos del «Quijote» se pregunta si es aún posible una lectura virginal, adánica de la obra. ¿Saber tanto de un clásico puede perjudicar la lectura personal de éste?*

— Toda obra se entiende mejor a la luz del conocimiento del autor, de sus circunstancias e intereses, sin que sea necesario buscarle implicaciones biográficas. Lo de la muerte del autor tuvo su éxito en una época, pero es falso. Uno disfruta más cualquier acción de una persona si conoce más cosas acerca de ella.

— *Entre sus definiciones de Cervantes recordamos cuando usted lo calificó de excombatiente, un hombre del Antiguo Régimen. Con el paso de los años ¿ha modificado algo esa definición?*

— Sigue divirtiéndome y sigo repitiéndola exactamente como la enuncié en su momento: Cervantes es un voluntario de la División Azul que se ha resignado a la Transición, aunque —añado— sin cambiar de ideales. Continúa deseando que España emprenda una Cruzada para la reconquista de Jerusalén y al final se resigna a la evidencia de que no es posible. Hombre de firmísimas creencias patrióticas y religiosas —en particular en la vejez—, es sin embargo un espíritu liberal en muchas cuestiones, a veces acaso más por comodidad que por convicción, por comprensión humana más que por teoría.

— *¿Se echa en falta una biografía de Cervantes al estilo anglosajón?*

— ¡Ahora contamos con varias excelentes! La de Jordi Gràcia, por la sutileza con la que busca la persona detrás del escritor; o la de Jorge García López: sencilla, precisa y muy fácil de leer. Y, desde luego, la canónica de Jean Canavaggio.

— *¿Cuánto tiene Francisco Rico de Quijote y cuánto de Sancho?*

— Lo mismo que usted o cualquier otro. Vivir es contar, ir construyendo historias, necesariamente, incluso en los aspectos más elementales. La más modesta acción cotidiana supone imaginar una narración en que nos corresponde el papel de protagonistas, ponerla a prueba frente a los condicionamientos de las circunstancias, para volvérnosla luego, *a posteriori*, a contar dentro de una trama más compleja, mejor estructurada. Por lo tanto, todos creamos historias cada día y formulamos desenlaces que se cumplen o no. Ese es el tema esencial de toda novela: el contraste entre la realidad y el deseo. En el *Quijote* ese contraste se lleva hasta el extremo. Cada lector tiene algo de Quijote y algo de Sancho. Y yo me podría identificar con cualquiera de los dos. Ortega lo dejó dicho muy bien: Todo hombre es novelista de sí mismo, sea original o plaguario.

— *Vayamos a lo quijotesco en su peor acepción. En Cataluña existe un pintoresco —o picaresco porque recibe subvenciones— Institut de Nova Història. Sus «investigaciones» aseguran que Cervantes se llamaba en realidad Sirvent y escribió el Quijote en catalán...*

— Ahí estuvo genial Eduardo Mendoza diciendo cuánto le gustaría conocer al traductor al castellano... A mí la cosa me encanta y me regocija. Es el más alto de los incontables homenajes que Cataluña, y mayormente Barcelona, ha tributado a Cervantes, en forma de ediciones, bibliotecas, etc., etc. Se entiende, porque Barcelona es la única ciudad que aparece en la novela y es obvio que fascinaba al autor. Y me regocija, me hace feliz, porque es uno de esos disparates tan irreales, tan grotescos, como la independencia del Principado o la república catalana, que proporcionan un deleite casi físico.

— *¿Cree que deben publicarse nuevas ediciones y traducciones de otras obras, más olvidadas, de Cervantes?*

— En la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española hemos hecho todo Cervantes. En los primeros meses de 2017, en el

cuarto centenario de su publicación, verá la luz el *Persiles* y así contaremos con una edición plenamente fiable de sus *Obras Completas*.

—*De las Novelas Ejemplares ¿cuáles son sus preferidas?*

—Las *Novelas Ejemplares* son unas realistas, picarescas o de costumbres contemporáneas, y otras una especie de novelas rosas. De entre las primeras me quedo con *El coloquio de los perros* y *Rincónete y Cortadillo*. De las otras, tal vez *El amante liberal* y *La señora Cornelia*.

—*De los escritores españoles, ¿cuál es a su juicio el más cervantino?*

—La verdad es que no veo muchos autores en su línea. Quizá porque lo cervantino es tan peculiar, que retomarlo suena en seguida a pastiche. Galdós empieza sus novelas imitando a Cervantes y le sale mal; después se le olvida y le sale estupendo.

—*Cada siete años se edita en Japón una nueva traducción del Quijote y es lectura habitual en catorce universidades niponas. ¿Qué tiene nuestro Hidalgo para seducir al país del Sol Naciente?*

—Creo saber que la estructura social y tradicional que refleja el *Quijote* tiene una equivalencia en la vida del Japón, por lo que se refiere a los hidalgos y los samurais, Pero los rasgos de don Quijote y Sancho que inventó Cervantes, a fuerza de ser singulares, resultan atractivos en cualquier lugar del mundo.

S. D.